

TRAQUETE SIN SONIDO



Almudena Monferrer Bono

Primera edición: junio 2021

Depósito legal: AL 1832-2021

ISBN: 978-84-1104-687-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Almudena Monferrer Bono

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Dedicado a: Manuel, el carpintero de Alfambra
(mi abuelo)*

CAPÍTULO 1

TIERRA ROJA

Multitud de pupilas implorantes miraban al cielo esa mañana de domingo del año 1927. Las nubes negras no paraban de diseminar sus regueros a gran velocidad. El aguacero era descontrolado. Llevaba diluviando desde la madrugada. El río Alfambra, conocido como el «río rojo», tenía un caudal descomunal que no podía controlarse. El reloj de la iglesia no había marcado todavía las ocho de la mañana. Todos los vecinos estaban asomados a la ventana rogando y rezando para que la lluvia cesara. Algunas personas, alarmadas por la creciente riada, se acercaban a presenciar cómo la ribera tenía un aumento repentino que estaba anegando al pueblo violentamente. Pronto, las calles se convirtieron en canales de color marrón. La localidad hacía honor a su topónimo, proveniente del árabe, *Al Hamra: la roja*; la intensa tonalidad ocre de las arcillas estaba tiñendo cada rincón.

En casa de los carpinteros, la desazón estaba anidando en sus corazones, como en los del resto de sus paisanos. Manuel no paraba de pasearse por el taller. Rodeaba las maderas recién cortadas, y sus suelas se estaban impregnando de las rizadas virutas

diseminadas por doquier. Llevaba las alpargatas mojadas y sucias por la tierra arcillosa. Respiraba entrecortado por los nervios, y sus fosas nasales le picaban intensamente por el olor a serrín. Estornudó con virulencia; acababa de venir de la linde del río. Había bajado con otros muchachos para presenciar cómo una masa líquida color chocolate iba engullendo a pasos agigantados todo el terreno sin misericordia.

Estaba muy ansioso, llevaban un año esperando con anhelo que se iniciaran las nuevas obras que iban a traer prosperidad al pueblo, a toda la comunidad y a prácticamente media provincia.

Manuel se giró instintivamente: escuchaba unos pequeños pasos que se acercaban. Se abrió la puerta, y apareció una pequeña figura. Era su hermana Ana, que, cautelosa, asomaba su armonioso rostro infantil desde el marco de la entrada.

Con un hilo de voz, ya que se acababa de despertar, le dijo a su hermano mayor:

—Manuel, madre te está buscando. Se ha asustado mucho cuando ha visto que has salido presuroso con Ángel y Benito. ¿Subes a desayunar?

Manuel se acercó empapado y le contestó:

—Sí, ahora mismo subo. Es que ha venido Benito a buscarme acelerado porque le habían avisado de que el río se había desbordado y estaba llegando a la zona de las obras.

La niña lo asió dulcemente de la mano y lo alentó, segura:

—El abuelo Demetrio dice que es un aguacero pasajero, que mañana solo quedará el rastro del barro diseminado por las calles. Yo, si lo dice el abuelo, no estaría preocupada.

La pequeña emitió una risita jovial que pronto ayudó a ir anulando los temores del joven.

Atravesaron el corral, donde las gallinas estaban todas acurrucadas debajo de un pequeño porche. Una de las aves dejó el cobijo del resto y, en posición sumisa, se acercó a los hermanos.

Ana comenzó a acariciar sus suaves plumas mientras le susurraba:

—Eres mi favorita; siempre lo serás.

Manuel miraba la escena, divertido, y la apremió:

—Venga. Huele a leche caliente, y me muero de hambre.

Llegaron a la lumbre de la cocina. Su madre se afanaba en la cocción y en sacar tarros de miel de la despensa. Su padre estaba observando cómo la tormenta iba amainando, y el patriarca estaba sentado en una silla, apoyando su mentón sobre un gran bastón de oscura madera.

Al oír a los dos muchachos, todos se giraron. La madre los miró y exclamó:

—¡Por fin! Manuel, menudo susto nos has dado cuando tu padre te ha visto salir corriendo junto con los dos saltimbanquis de tus amigos calle abajo.

Manuel iba a dar las explicaciones pertinentes, pero su madre, que era nervio puro, no lo dejó y lo instó:

—¡Vas empapado! Anda, tira ahora mismo a cambiarte de ropa. ¡Lo que nos faltaba, que te pusieras enfermo! Con lo que he rezado a Santa Ana para que te dieran el trabajo.

Manuel se fue a su cuarto sin rechistar. Se quitó la camisa y los pantalones mojados. Sintió cómo lo embargaba un calor anestésico por toda su piel al deshacerse de las telas humedecidas y ponerse ropa recién planchada.

Se dirigió a la mesa, donde le esperaba leche caliente con melaza, que le recompuso el cuerpo, y su sabor dulce le proporcionó energía al instante. Se bebió de golpe el cuenco, y su abuelo salió de su sopor previniendo:

—Niño, no bebas y comas tan rápido, que así vas a terminar padeciendo del estómago.

Su padre se acercó a la mesa con preocupación y expresó sus temores:

—Llevamos un año soñando con el inicio de las obras del ferrocarril. También es mala leche que le dé a San Pedro por soltar semejante tromba de agua, cuando justo ayer traen todo el material.

A lo cual su mujer le reprendió:

—¡José, no blasfemes!

Su marido le contestó:

—Perdona, pero es lo que pienso. También es casualidad que para una vez que los que mandan ponen sus ojos para instalar una infraestructura de semejante envergadura en las siempre olvidadas tierras turolenses, caiga este aluvión. Parece que nunca se quiera que la provincia avance y que nuestros jóvenes tengan un futuro prometedor.

Manuel, para acabar con la discusión, verbalizó:

—Venga, que ya está arreciando el agua, por lo que mañana, a darlo todo en la construcción. Que hemos luchado mucho para que la empresa contrate a gente de la zona, a pesar de las reticencias de los señores caciques de las narices.

La familia se levantó alertada por los gritos de júbilo que provenían de la calle. Se asomaron y vieron cómo Ángel y Benito, con el agua casi por la cintura, gritaban con alegría:

—¡Alfambrinos, salid a coger caracoles! El agua ya no cae, y el sol ha salido de su escondite.

Desde las ventanas y las puertas se comenzaron a escuchar aplausos y silbidos. Todo el pueblo estaba exultante, habían temido por la nueva construcción del ferrocarril que iba a unir Teruel y Alcañiz.

En 1926, justo un año antes de la inundación, Primo de Rivera había sacado a la luz su proyecto estrella: la unión ferroviaria de Francia con Andalucía, que iba a atravesar grandes zonas del interior de la península.

Toda la contornada tenía grandes sueños en estas pretensiones. El tren proveía de esperanza y auguraba prosperidad para todos los pueblos por los que iba a pasar la vía de mercancías. Era un modo rápido y económico para poder transportar el carbón de la zona hacia Europa. El proyecto de la línea preveía 275 kilómetros e iba a tener estaciones en Tortajada, Villalba Baja, Cuevas

Labradas, Peralejos, Alfambra, Perales del Alfambra, Orrios, Fuentes Calientes, Cañada Vellida, Mezquita de Jarque, Valdeconejos, Escucha, Palomar de Arroyos, Castel de Cabra, Cañizar del Oliviar, Gargallo, Los Olmos, La Mata de los Olmos, Alcorisa, Foz de Calanda, Calanda, Castelserás y Alcañiz.

Todos estos municipios estaban ilusionados con este plan que iba a ayudar a sus economías, iba a impulsar sus negocios, dotaría de más servicios, daría trabajo a mucha gente joven y haría que crecieran sus poblaciones. Este tramo de vías era un camino de hierro que ampliaría la red ferroviaria a nivel nacional.

Demetrio se sentó en la silla, y su nieta se colocó a su lado mientras acariciaba a la gata parda que había decidido sentarse en sus rodillas ronroneando. El abuelo le dijo a la niña de sus ojos:

—Esta tormenta pronto ha escampado. Esperemos que las próximas lo hagan con la misma facilidad.

La niña levantó su cabeza mirando a su abuelo. Lo escudriñó con sus grandes ojos grises, perfilados por unas pestañas espesas, y le contestó:

—Abuelo, a veces dices cosas que no entiendo. Pero, si tú lo dices, verdad será.

Se levantó y besó la arrugada frente del anciano. Canturreando, salió de la cocina dejando a su hermano Manuel pensativo, ya que, aunque estaba asomado a la ventana, había escuchado la extraña conversación...

CAPÍTULO 2

5 DE MARZO DE 1926

Encima del robusto escritorio que se hallaba en el centro del fastuoso despacho, decorado con lujosos tapices y una inmensa alfombra de finos hilos dorados, se podía leer en grandes letras oscuras en el informe recién traído por la eficiente y discreta secretaria:

Plan Preferente de Ferrocarriles de Urgente Construcción.

Miguel Primo de Rivera estaba ataviado con su bienamado uniforme militar lleno de medallas, que eran recuerdos que portaba con orgullo, ya que para él representaban su arrojo en cada una de las batallas pugnadas. Estaba sentado en su gigantesco butacón, tapizado por una suave piel de carnero de color ocre. Tenía entre sus manos uno de sus proyectos más ambiciosos desde que llegara al poder: la ampliación y modernización de la red de comunicaciones española era su mejor baza para propagar a diestro y siniestro que con su gobierno se iba a instaurar una gran pujanza económica. Mantenía, como constante aspiración, la de dotar a todas las capitales de provincia con, al menos, una

conexión ferroviaria. Le daba igual al coste que fuera. Se hacía propaganda para dejar claro que el fin era evitar un subdesarrollo mayor del que padecía el país. Sin embargo, su ambición era, por encima de todo, controlar todos los aspectos del Estado, tanto política como militarmente.

Justo enfrente, separados por la recia mesa de madera de pino, sentado en una cómoda silla de terciopelo granate, estaba el ministro de Fomento y conde de Guadalhorce, Rafael Benjumea y Burín. Estaba nervioso, una gota de sudor se deslizaba desde su sien hacia la barbilla, dejando un brillo traslúcido en su rostro.

A pesar de que sabía que su proyecto ferroviario era excelente, no podía deshacerse de los nudos que le estaban estrujando la boca del estómago; debido a que Miguel Primo de Rivera era un militar que poseía siempre una faz pétrea e inaccesible, era imposible averiguar lo que pensaba. Él se había proclamado jefe del Gobierno y presidente del Directorio militar. Se consideraba un «cirujano de hierro» que iba a extirpar todo el mal que asolaba el país e iba a sacar a relucir una gran nación. Su temperamento era cambiante, y por ello nunca se podían averiguar cuáles serían sus reacciones. Esto tenía acongojado al ministro.

Después de media hora releendo cada una de las hojas del proyecto, tiempo que se le hizo eterno al conde, se dispuso hablar con voz seria:

—Rafael, estoy extremadamente impresionado por la exactitud y precisión con las que has elaborado el plan. Además, debo transmitirte también el beneplácito del rey Alfonso XIII; esta mañana me ha hecho llegar su satisfacción por la construcción de estas líneas férreas.

» Nos complace enormemente notificar que has seguido a rajatabla los tres pilares fundamentales en los que se basa el Estatuto ferroviario que promulgamos el 12 de julio de 1924.

» Primero has dejado plasmado que el ferrocarril va a ser financiado por la Administración, y, por ello, nos dota de mayores facultades fiscalizadoras. Después has indicado que la creación de

la Caja Ferroviaria sirve para financiar las inversiones en ferrocarriles de compañías privadas y que se nutre de los presupuestos del Estado de deuda pública. Y, por último, nuestras aportaciones se convierten en participaciones patrimoniales estatales dentro de las compañías ferroviarias. Todo esto está muy bien detallado para que la empresa subcontratada no ponga ningún problema para su concesión. Hemos comentado que, debido a lo brillante que es tu plan, se puede denominar sin ningún tapujo Plan Guadalhorce.

Al expresar estas palabras, dejó entrever una media sonrisa a través de sus finos labios, lo que hizo que se levantaran los pelos de su delgado bigote.

El ingeniero de caminos no podía disimular su orgullo por las alabanzas del jefe del Gobierno. Con voz trémula, verbalizó:

—No quepo en mí de gozo por sus palabras, gracias. He dedicado mucho esfuerzo al plan que, con gran honor, me habían encomendado. Trabajar por y para España es una gran honra. Con la construcción de los ferrocarriles secundarios vamos a poder completar la red principal ya existente. El plan, como su eminencia ha podido leer, incluye varias líneas que van a ser mejoradas. A mi parecer, el trazado de mayor importancia es el gran corredor que debe unir Francia con Algeciras pasando por Lérida, Caspe, Alcañiz, Teruel, Utiel y Baeza.

Primo de Rivera lo observaba con expresión complacida. Con tono firme, dijo:

—Excelente trabajo, no cabe duda. Esta sección de 850 kilómetros va a proveer al país de una gran línea internacional que va a unir nuestra hermosa nación con el territorio vecino. Bien, vamos a ir por partes. Supongo que, como se te encomendó, has ido eligiendo a los ingenieros que van a ser los encargados de la realización de cada tramo del proyecto.

Rafael Benjumea asintió con la cabeza y respondió:

—Sí, señor. He realizado una exhaustiva selección de cada una de las personas encargadas para la empresa que se va a llevar a cabo. Me gustaría poder presentarle al ingeniero de caminos

Bartolomé Esteban y Mata. Es turolense y, por ello, va a ser el encargado de la construcción de 275 kilómetros de vías en la provincia de Teruel. Si usted lo permite, le hago pasar para realizar las pertinentes presentaciones.

A lo cual, el experimentado militar respondió:

—Por supuesto. Hágale pasar.

El ministro se levantó y fue andando hacia la gran puerta ornamentada con brocados de oro. Sus pasos eran amortiguados por la enorme alfombra que cubría gran parte del suelo de mármol del enorme despacho. Tenía dibujada con miles de filamentos una escena de caza donde unos cazadores, acompañados por sus perros de presa, estaban disparando a dos grandes ciervos. Abrió la puerta, y fuera estaba la secretaria transcribiendo con sus finos y hábiles dedos unos documentos. En la sala, aparte de su modesto escritorio, había dos bancos de madera y estaba sentado un hombre menudo que no paraba de manosear una carpeta de cartón.

Rafael se dirigió al ingeniero con un tono enérgico:

—Bartolomé, el jefe del Gobierno le está esperando.

El susodicho levantó la cabeza y lo observó a través de sus ojos saltones, en los que se dibujaba un atisbo de miedo. Uno no se presentaba todos los días ante un dictador que había dado un golpe de Estado y se había autodenominado líder de un país.

Se levantó como si hubiera tenido un resorte en el trasero y se dirigió titubeante hacia la puerta.

Ambos entraron en el despacho y fueron directos a la mesa.

El ministro se sentó, y el ingeniero hizo una genuflexión en señal de sumisión. No sabía cómo debía actuar y le pareció el protocolo más adecuado.

Primo de Rivera realizó un ademán con la mano para indicarle que se sentará y le cuestionó:

—Encantado de conocerle, señor Esteban. Si Rafael le ha encomendado la zona de la provincia de Teruel, será porque por su trayectoria es la persona más adecuada para trabajar en su tierra. Veo que lleva una carpeta, en la cual será donde se encuentran

reflejados los presupuestos, el plan de acción, los actos de la contrata y los requisitos de la empresa que va a concursar para ser subcontratada. ¿Me equivoco?

Bartolomé seguía reflejando un deje de intranquilidad en su faz, y su contestación lo remarcó por el tono titubeante que usó para responder:

—Su eminencia, ante todo, no tengo palabras para expresar la gratitud por haber confiado en mí, tanto el ministro como usted. Sí, como muy bien ha supuesto, es el contrato, donde se indican sus pormenores. Le he suministrado una copia a su secretaria y he traído otra para que usted mismo lo supervise. En el plan que ha elaborado, de manera brillante, el ministro, podrá leer que el trazado se podría iniciar a las afueras de la capital turolense, en la zona conocida como Campo Pinilla. Estaría ubicado a 900,58 metros, es decir, a unos 25 metros por encima de la central. Al estar a un nivel superior, se tendría que verificar si se puede realizar un cruce con esta línea por medio de un paso superior de unos cinco metros de altura. Y a partir de ese punto, el trazado iría por el valle del Turia y se dirigiría hacia las tierras manchegas.

El dictador se levantó lentamente de su asiento y les comunicó:

—Perfecto, caballeros. Veo que han hecho un trabajo magnífico. Tienen cuatro años de arduo trabajo para hacer crecer las vías ferroviarias de nuestro país. Lo que es primordial, en ese punto que acaba de explicar sobre el inicio de las obras, es la planificación del modo en el cual se van a enlazar ambas vías; me da igual cómo, pero háganlo. Necesito una última cosa y es que preparen conjuntamente las bases del concurso para la adjudicación de las obras. Y que, ante todo, quede muy bien reflejado el apartado de «anticipos reintegrables». La cantidad de la subvención que vamos a aportar a la compañía se tiene que dejar muy bien atada. No quiero sorpresas. Lo tiene que devolver la empresa en los plazos estipulados y con los intereses acordados. No hace falta que les recuerde que estas cantidades tienen como objetivo inicial

permitir el pago del salario de los obreros en todo momento para que no se produzca ningún disturbio.

» Con esto doy por terminada la reunión; tengo otros requerimientos que necesitan de mi atención. A la salida, díganle a Clara, mi secretaria, que me haga llegar el documento para que pueda rubricar mi firma en él y así aprobar el plan.

Los dos hombres se levantaron y se despidieron con una inclinación de cabeza. Salieron de la habitación, y el ministro se dirigió a una afanosa joven que no paraba de teclear en una bonita máquina de escribir:

—Clara, hágale llegar el documento al jefe para que lo valide.

La chica levantó su mentón, a través de las gruesas gafas se podían percibir unos vivos ojos azules, y tan solo dijo:

—Ahora mismo se lo llevo, señor ministro.

Los dos hombres se marcharon sin decir nada más, y la muchacha tocó suavemente con sus nudillos la puerta.

—Pase —le indicó una voz varonil.

Clara se dirigió presta a la mesa y dejó los papeles encima del escritorio. Primo de Rivera, con una estilizada pluma de color negro, estampó su firma en un papel que iba a regalar años de esperanza y esfuerzo para toda una generación que veía que, por fin, el avance llegaba a sus mermadas tierras.

Había mucho trabajo por hacer. Se tenía que elegir la empresa encargada de llevar a cabo una tarea faraónica. Se iba a seleccionar a dos mil hombres, que, hartos de los abusos de los terratenientes que los tenían esclavizados, soñaban con un trabajo digno, con un buen salario y un jornal de ocho horas y así poder disfrutar de sus familias.

A kilómetros de distancia, se estaba escribiendo el curso de la historia para miles de personas en una de las provincias más olvidadas y descuidadas: la provincia de Teruel.

CAPÍTULO 3

EL CONCURSO DE 1927

Olía a café recién hecho, la taza humeaba desprendiendo un aroma embriagador. Los cristales de la cafetería estaban empañados esa fría mañana de enero debido a la aglomeración que se formaba a primera hora de funcionarios desayunando. Reinaba el bullicio. Por ello, en una mesa apartada se encontraban reunidos dos ingenieros de caminos, el ministro y el nuevo encargado de las obras del ferrocarril de mercancías.

El conde se llevó a los labios el café con leche mientras soplaba para enfriarlo. Bartolomé tenía en la silla de al lado una montaña de carpetas con todas las empresas que habían presentado su solicitud para la concesión; hacía casi un año de la reunión con Primo de Rivera.

El ingeniero estaba bastante desmejorado físicamente; los últimos meses lo habían consumido a causa de la presión por el proyecto. Había estado noches enteras revisando las inscripciones de los centenares de empresas que estaban interesadas.

Tras un largo sorbo, Rafael expresó: